

## El Comercio

EDITORIAL

“Si en el 2007 estas heladas causaron la muerte de 36 niños menores de 5 años, ahora el objetivo debe ser reducir la tasa de mortandad a cero. No hay tiempo que perder para desplegar una campaña que dote a las familias de un adecuado abrigo, las asista con la nutrición necesaria y las ayude a proteger sus cultivos y ganado, que son sus elementos de subsistencia”. EDITORIAL DEL COMERCIO / 1 DE ABRIL DEL 2007

## Acción, prevención y solidaridad ante ola de frío

Está bien que el Gobierno y la ciudadanía respondan activamente ante la alarma que ha creado la influenza AH1N1. Sin embargo, paralelamente, no podemos cerrar los ojos ante los gravísimos estragos que causan periódicamente otros males, como la ola de frío en la sierra.

Por lo pronto, el número de víctimas es inmensamente superior al causado por la nueva gripe, sobre todo en las zonas altoandinas del sur, en Puno, Cusco y Arequipa. Según se ha informado, al menos 119 niños han muerto desde inicios del año debido a las bajas temperaturas y a la gripe estacional, lo que obliga a redoblar esfuerzos para controlar y prevenir esta emergencia nacional.

Voceros del Ministerio de Salud han señalado que los niños murieron debido principalmente a complicaciones respiratorias y en muchos casos de neumonía, en zonas donde las temperaturas han bajado a unos 10 grados bajo cero. Lo peor, según los especialistas, es que si no se hace nada ahora la cifra de fallecidos puede seguir creciendo.

Yes que el frío estacional se agrega a otros problemas seculares y lacerantes como la extrema pobreza, la desnutrición crónica y la falta de viviendas y abrigo apropiados, lo que incrementa la vulnerabilidad a la gripe estacional. Por ello, si la ayuda no llega ahora ante esta gripe, imaginemos qué pasaría si prende en las áreas rurales un foco de influenza AH1N1.

Algunos programas sociales están aplicando una estrategia que aborde todos estos flancos, pero obviamente su rango de acción es aún insuficiente. Se tiene más datos, eso sí, pero la magnitud del problema supera los recursos y capacidad de estos programas, que tienen que ser reforzados y apoyados por los estamentos gubernamentales.

Por lo pronto, es positivo que el Ministerio del Ambiente y la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (Cosude) hayan anunciado que implementarán el Programa de Adaptación al Cambio Climático (PACC) en las regiones de Apurímac y Cusco, en un esfuerzo de sinergias. El telón de fondo es el proble-

ma del cambio climático, que ha hecho mucho más dura la ola de frío y afecta no solo la salud de las personas, sino también su modo de vida a través de la agricultura y la ganadería.

Ante esta preocupante realidad, los pobladores deben también poner de su parte, para tomar medidas de prevención prácticas y baratas frente a alteraciones climáticas tan feroces, por ejemplo con el almacenamiento de cierto tipo de alimentos, forraje, leña y prendas de abrigo. Es oportuno hacer un llamado a la ciudadanía para que colabore solidariamente, como en otros años, con campañas para acopiar alimentos y frazadas destinados a los compatriotas que sufren.

Pero, la responsabilidad principal es del Gobierno, principalmente de las autoridades de los sectores de Salud, de la Mujer y Desarrollo Social y de Educación, que deben definir urgentemente una estrategia conjunta para afrontar esta emergencia, que no puede seguir matando a más peruanos, sobre todo cuando todos estábamos advertidos de que el frío iba a ser peor. ■

## ¿DE MÉXICO PARA EL MUNDO?

## Verdad y consecuencias de la influenza AH1N1

Jorge G. Castañeda  
Ex canciller  
mexicano



Jorge G. Castañeda es profesor de estudios latinoamericanos en la Universidad de New York.  
© 2008 Jorge G. Castañeda  
Distribuido por The New York Times  
Syndicate  
Exclusivo para El Comercio en el Perú

Más de un mes después de que empezó su letal recorrido, aún no sabemos realmente dónde o cuándo se originó la epidemia de la llamada influenza porcina AH1N1. Tampoco sabemos si ya ha terminado o si regresará. Lo que sí sabemos es que cobró un precio más alto en México que en cualquier otra nación, incluyendo Estados Unidos.

Estos dos países—México y Estados Unidos—son prácticamente vasos comunicantes, al compartir una frontera de más de 3.200 kilómetros, un comercio bilateral de cerca de 400.000 millones de dólares al año, más de 1 millón de cruces individuales legales al día y más de 13.000 camiones que se desplazan cada día.

Cientos de miles de habitantes de México trabajan cada día en el lado estadounidense de la frontera, y regresan cada día a dormir a sus casas; varias ciudades gemelas fronterizas—Brownsville-Matamoros, Laredo-Nuevo Laredo, El Paso-Ciudad Juárez, Calixco-Mexicali—son, de hecho, una sola comunidad.

Cualquier semana del año hay en promedio 500.000 turistas estadounidenses visitando algún lugar de México y casi un millón de ciudadanos de Estados Unidos residen más o menos en forma permanente en México.



ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

Así que he aquí la doble paradoja: ¿Por qué produjo la influenza resultados tan desiguales en los dos países? ¿Por qué generó reacciones tan desiguales por parte de sus gobiernos?

Las consecuencias de la epidemia para ambas naciones han sido radicalmente diferentes. En México, a mediados de mayo, 52 personas habían muerto, probablemente por la AH1N1, desde el brote del mal en marzo y abril. Digo probablemente, porque unos 13.000 individuos mueren como consecuencia de males respiratorios cada año en México, pero no todos los resultados de las pruebas se han recibido aún. Así que bien puede resultar que incluso más personas hayan muerto de AH1N1 en México de lo que originalmente se pensó, pero, también, por otra parte, puede ser

que algunas de las víctimas de las que se sospechaba que habían muerto por el virus, en realidad no perecieron por eso.

En EE.UU., a mediados de mayo, tres personas habían perecido como consecuencia de la enfermedad, una de las cuales era un niño de menos de 2 años de edad proveniente de México, y otra, una mujer anciana y enferma que vivía en la frontera. En México ha habido (hasta el momento de escribir esta nota) 2.000 casos confirmados; en Estados Unidos, que tiene el triple de la población, ha habido 2.500 casos.

Si bien muchas teorías han sido ofrecidas acerca de por qué la tasa de defunciones ha sido mucho más alta en México (aunque muy baja en términos absolutos, y con relación a lo que muchos temían inicialmente), ninguna

de ellas ofrece una explicación satisfactoria.

Es verdad que los mexicanos tienen una cultura de automedicación y abuso de los antibióticos, dos cosas que, en este caso, eran altamente contraproducentes. También es verdad que tendemos a posponer las visitas al médico tanto tiempo como es posible, y es también un hecho que aquellos que fallecieron habían esperado demasiado tiempo para acudir a sus médicos.

Pero, por otra parte, si las autoridades mexicanas, gracias a su estrecha cooperación con sus colegas de EE.UU. y Canadá, sabían que algo estaba mal desde mediados de marzo, ¿por qué no recurrieron a los enormes recursos de la burocracia mexicana para advertir a todos los que padecían de influenza que debían

buscar ayuda médica?

Esta pregunta es incluso más pertinente si se toma en cuenta la enorme brecha en la política de respuesta de los gobiernos de los dos países fronterizos, quienes tuvieron acceso exactamente a la misma información, exactamente al mismo tiempo.

El presidente mexicano Felipe Calderón cerró todas las escuelas, universidades, estadios deportivos, ordenó que todos se cubrieran con tapabocas y suspendió la mayoría de las actividades económicas durante más de una semana. Varios estados han continuado la suspensión de clases escolares. Permitted tácticamente que el jefe de Gobierno de la Ciudad de México, donde ha ocurrido la mayoría de las muertes, cerrara las salas cinematográficas, restaurantes, bares, museos y prácticamente todo lo demás, salvo... el metro o ferrocarril subterráneo y otros medios de transportación masiva, donde más de 5 millones de los habitantes de la ciudad más grande del mundo convergen diariamente para viajar a sus empleos.

El costo para el país, en turismo, comercio, imagen y reputación, es enorme y, al menos hasta ahora, supera con mucho el costo de la epidemia en sí.

El presidente Barack Obama salió a cenar a un restaurante con su esposa, y más temprano en el día salió a compartir unas hamburguesas con su vicepresidente, sugirió que la gente se lavara frecuentemente las manos, y observó mientras algunos distritos escolares cerraban sus puertas por uno o dos días, y simplemente se aseguró que la medicina contra la influenza, Tamiflu, estuviera disponible para aquellos que estuvieran enfermos. ■

Se mostró sumamente dispuesto a colaborar con México (a diferencia de nuestros ‘amigos’ de América Latina como Argentina, Cuba, Perú y Ecuador, que cancelaron los viajes aéreos de y hacia México), pero aplicó una política radicalmente diferente en el combate contra la epidemia. ¿Por qué? Nadie lo sabe exactamente, en particular dado que Calderón y Obama tuvieron cuando menos dos ocasiones, el 16 de abril en la Ciudad de México y el 18 de abril en Puerto España, Trinidad, para hablar acerca de la epidemia. Quizá no sabían aún acerca de su existencia, o quizá sí hablaron, pero no hicieron público su intercambio.

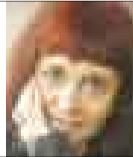
Hay una explicación creíble para la enorme diferencia en la respuesta y sus consecuencias. Los mexicanos habitualmente no creen al gobierno, y en general no hacen lo que se les dice. La ausencia de una cultura cívica es uno de los más grandes desafíos del país, y quizá Calderón, pensó que si no exageraba la amenaza, nadie lo tomaría en serio. Es muy posible que estuviera en lo correcto; desafortunadamente su equipo careció de la misma sensibilidad y sabiduría en lo relativo a la reacción del mundo ante las interminables imágenes de mexicanos cubiertos con tapabocas, haciendo fila para ingresar a hospitales, lavando el tren subterráneo ataviados con trajes espaciales, y cerrando las cortinas de metal de las tiendas y las puertas de las empresas.

En el mercado mundial del turismo, México es hoy en día un paria. Para un país donde el turismo es la mayor industria y el mayor empleador individual, esto tiene consecuencias sumamente graves. ■

## MANERAS DE VIVIR

## Muchos mentirosos y unos pocos auténticos

Rosa Montero  
Escritora



Rosa Montero es autora de “La hija del Canibál” y “La loca de la casa”.  
© Diario “El País”, SL/ Rosa Montero.  
Prisacom  
Exclusivo para El Comercio en el Perú.

El otro día vi un episodio de “House” en el que el enfermo, aquejado de una de esas pintorescas y rarísimas dolencias típicas de la serie, padecía una incapacidad absoluta para mentir. Lo cual acababa con su largo y hasta entonces feliz matrimonio, arruinaba la relación con su hija y le convertía en un apestado social. La trama era muy exage-

rada pero no cabe duda de que la convivencia social necesita, para funcionar correctamente, cierta cantidad de mentirillas. No le comentamos a la vecina, cuando nos la cruzamos por la escalera, que últimamente se ha puesto como una foca, y desde luego no solemos decirle al jefe que la idea que acaba de presentar nos parece una necesidad. Digamos que hay un cúmulo de mentiras cotidianas que son un mero producto de la buena educación y de la prudencia, y que, a no dudar, nos facilitan bastante la vida.

Pero no era de esas mentiras prácticas de lo que quería hablar, sino de las falsedades inconscientes. O aún mejor: de la autenticidad, que es el mismo tema, solo que visto desde el otro lado. To-

dos, o casi todos, practicamos cierto grado de impostura. Unos más y otros menos, desde luego. Algunos hipócritas se han creado conscientemente un personaje público tan falso que cuando se les escapa una verdad se ruborizan. Otros son unos mitómanos empedernidos que se inventan a sí mismos cada día, con el agravante, o quizá el atenuante, de acabar creyendo sus propias mentiras. Pero la mayoría no llegamos a estos extremos, sino que nos movemos en una franja más o menos amplia de falsedades sociales. ¿Cuántas veces decimos frases rutinarias o nos comportamos de determinada manera simplemente porque es lo que se espera de nosotros? ¿En cuántas ocasiones, después de hacer de

decir algo, nos sentimos un poco incómodos, incluso abochornados, por haber actuado de una manera vacía, insulsa y automática? La directora de cine Pilar Miró decía que los hombres eran unas raras criaturas capaces de pensar una cosa, sentir otra, desear algo distinto, decir otra cosa y hacer algo diferente a todo lo anterior. Ella adjudicaba este comportamiento contradictorio a los varones, pero yo creo que también las mujeres participamos de ello, aunque quizá en una versión moderada: es posible que, por lo general, nosotros no tengamos una disociación tan grande entre la emoción y la razón. En cualquier caso, estamos atrapados por las rutinas mentales y las convenciones. Parece mentira hasta qué punto

nos puede tiranizar algo tan tonto como el qué dirán. De hecho, hay tipos tan habituados a decir solo lo que los demás esperan de ellos que ya no tienen ni idea de qué es lo que ellos opinan de verdad. Son esclavos de la buena educación.

Pero hay otros individuos, pocos, desde luego, que poseen una rara autenticidad. Y no es que sean maleducados ni groseros, no, nada de eso; también usan las inevitables mentiras prácticas y jamás llamarán foca a la vecina gordita. La diferencia está en que repelen las convencionalidades igual que el aceite escupe el agua. Son incompatibles con el lugar común. Conozco a varias personas así de especiales, pero mencionaré solo a una, porque es famosa: la humorista y dibujante argentina Maitena. Es gente que, por ejemplo, solo te pregunta aquello que de verdad desea conocer. Gente

que te cuestiona cosas que los demás dan por sabidas. Y que, cuando habla, intenta ir hasta el fondo de lo que quiere decir, con todas sus dudas y sus emociones. Sacan su verdad a pasear, desnuda y frágil como un caracol que ha perdido la concha. Hay algo deslumbrante en esta gente tan auténtica, y algo también un poco incómodo, porque su presencia te hace agudamente consciente del peso muerto de todos tus tópicos. Como mi ejemplo anterior del aceite y el agua: vaya un símil más gastado, qué vergüenza. Su veracidad ilumina el mundo, pero a menudo el mundo es como uno de esos clubes que de noche y con la música parecen sitios rutilantes, pero que vistos sin gente a la luz del día se revelan como antros llenos de mugre. Y, aún así, ¡qué sensación de hondura da esta gente auténtica! La vida, junto a ellos, parece mucho más grande y más intensa. ■